

1963

Bach: Suite Nº 1 en Do mayor; Webern: Seis Piezas para Orquesta, Op. 6; Mozart: Concierto Nº 18 K. V. 456 para piano y orquesta; solista: Rudolf Lehmann, y Ravel: Bolero.

En este concierto se reveló un gran talento chileno, el joven director Juan Pablo Izquierdo, cuya inteligencia, profunda musicalidad, versatilidad, conocimiento a fondo de las partituras, sobriedad, claridad y dominio de la masa orquestal lo destacan como uno de los grandes directores del futuro.

5

En la Suite Nº 1 en Do mayor, de J. S. Bach, el director imprimió al reducido grupo orquestal la variedad de inspiración y los ritmos y espíritu de cada una de las danzas, logando así toda la fuerza emotiva y la animación que las distingue. La Orquesta Sinfónica respondió a sus indicaciones con precisión, perfecta afinación y gran musicalidad.

Las Seis Piezas para Orquesta, Op. 6 de Webern, para gran orquesta, tuvieron una ejecución perfecta, en la que la dinámica y el color y la transparencia del discurso musical fue puesto de relieve por el director obteniendo el máximo rendimiento de cada uno de los maestros de la orquesta.

El Concierto en Si bemol mayor, K. V. 546, escuchado tan rara vez, tuvo en el pianista Rudolf Lehmann a un intérprete inteligente, que en todo momento supo demostrar su musicalidad y clara técnica. La Orquesta Sinfónica lo acompañó con excelentes resultados.

Terminó este magnífico concierto con una ejecución triunfante del Bolero de Ravel, en el que J. P. Izquierdo controló en todo instante la sutil amalgama de los timbres, infundiéndole a la Orquesta un avasallador ímpetu que mereció, para todo el conjunto, el aplauso entusiasta del público.

PATRIMONIO

Sexto Concierto.

El 16 de junio, bajo la dirección de Juan Pablo Izquierdo, la Orquesta Sinfónica de Chile ofreció un concierto sobresaliente que consultaba las siguientes obras:

Revista Musical Chilena  
Abril-Junio 1963  
Nº 84

1963

**SEXTO CONCIERTO DE LA ORQUESTA SINFONICA**

Extraordinario fue el rendimiento de la Sinfónica de Chile a lo largo del sexto concierto de abono en el Teatro Astor. Bajo la dirección de Juan Pablo Izquierdo, la Suite N.º 1, en Do mayor, de Bach, resultó un prodigio de música de cámara, sin alarde ni falsas turgencias. Fineza y notable unidad de estilo reinaron desde la Obertura hasta el Passepied final, cabiéndoles lucidas actuaciones solistas a los oboes de Adalberto Clavero y Enrique Peña, junto al fagot de Guillermo Villablanca.

Igualmente fiel al espíritu de la partitura fue la versión de las Piezas para Orquesta, op. 6, de Anton Webern, obra que después de más de medio siglo de existencia sigue siendo una maravilla timbrística, delicada, sensitiva y llena de misterio, concepción sonora genial cuyas campanas parecen anunciar el advenimiento de una nueva era auditiva. Lo que aquí dieron los músicos y el director, tenía una atmósfera de milagrosa transparencia e inaudita fuerza de sugestión.

La disciplina no decayó en el acompañamiento del concierto para piano K. 456 de Mozart, cuyo solista, Rudolf Lehmann, ejecutó su parte con hondo cariño y acrisolada técnica. En todo momento hubo entre teclado y conjunto un bello acuerdo que permitió gozar plenamente los rasgos novedosos de orquestación y armonía, característicos de la obra.

El Bolero de Ravel exige un instrumental variadísimo e intérpretes excepcionales. Si ocasionalmente algún viento agregado perdía los nervios (o la cuenta) en su arduo cometido, ello no impidió que pudiera valorarse la clara visión estructural del director, quien logró una tremenda intensidad plástica a través de acreencias sabiamente dosificadas y la férrea exactitud del grueso de la orquesta, especialmente de la batería.

Profundo, inquieto, preparado, a todas luces talentoso, Juan Pablo Izquierdo obtuvo en 1962 el Premio de la Crítica Chilena. A juzgar por los aplausos y el entusiasmo general que despertó entre los concurrentes al Teatro Astor, este concierto de la temporada oficial de 1963 ha constituido su definitiva consagración pública.

MERCURIO Federico Heinlein  
16-VI-63

**SEXTO CONCIERTO DE LA ORQUESTA SINFONICA**

Extraordinario fue el rendimiento de la Sinfónica de Chile a lo largo del sexto concierto de abono en el Teatro Astor. Bajo la dirección de Juan Pablo Izquierdo, la Suite N.º 1, en Do mayor, de Bach, resultó un prodigio de música de cámara, sin alarde ni falsas turgencias. Fineza y notable unidad de estilo reinaron desde la Obertura hasta el Passepied final, cabiéndoles lucidas actuaciones solistas a los oboes de Adalberto Clavero y Enrique Peña, junto al fagot de Guillermo Villablanca.

Igualmente fiel al espíritu de la partitura fue la versión de las Piezas para Orquesta, op. 6, de Anton Webern, obra que después de más de medio siglo de existencia sigue siendo una maravilla timbrística, delicada, sensitiva y llena de misterio, concepción sonora genial cuyas campanas parecen anunciar el advenimiento de una nueva era auditiva. Lo que aquí dieron los músicos y el director, tenía una atmósfera de milagrosa transparencia e inaudita fuerza de sugestión.

La disciplina no decayó en el acompañamiento del concierto para piano K. 456 de Mozart, cuyo solista, Rudolf Lehmann, ejecutó su parte con hondo cariño y acrisolada técnica. En todo momento hubo entre teclado y conjunto un bello acuerdo que permitió gozar plenamente los rasgos novedosos de orquestación y armonía, característicos de la obra.

El Bolero de Ravel exige un instrumental variadísimo e intérpretes excepcionales. Si ocasionalmente algún viento agregado perdía los nervios (o la cuenta) en su arduo cometido, ello no impidió que pudiera valorarse la clara visión estructural del director, quien logró una tremenda intensidad plástica a través de acreencias sabiamente dosificadas y la férrea exactitud del grueso de la orquesta, especialmente de la batería.

Profundo, inquieto, preparado, a todas luces talentoso, Juan Pablo Izquierdo obtuvo en 1962 el Premio de la Crítica Chilena. A juzgar por los aplausos y el entusiasmo general que despertó entre los concurrentes al Teatro Astor, este concierto de la temporada oficial de 1963 ha constituido su definitiva consagración pública.

MERCURIO Federico Heinlein  
16-VI-63

1963

te en una temporada oficial, ha de marcar una fecha importante en su vida de artista. Habíamos tenido varias oportunidades de juzgarlo frente a pequeños conjuntos de cámara en años anteriores, pero no habíamos sospechado hasta qué punto es grande su talento. Su incorporación a la actividad musical del país ha de acarrear consecuencias muy positivas para nuestro medio, ya que no es secreto para nadie el escaso número de profesionales con que se cuenta en la actualidad.

El programa que ofreció Juan Pablo Izquierdo sorprendió por su dificultad y no hubiera extrañado al público si caía en algún tropiezo. Sin embargo, desde todo un primer momento, la tranquilidad hizo presa en nuestro ánimo, al comprobar con qué seguridad y aplomo se abocaba a la tarea que le correspondía desarrollar.

Cada obra fue expuesta en su tónica justa, no obstante las diferentes características de orden estético de cada una de ellas.

La Suite No 1 de Bach, por la misma variedad de danzas que la componen, es suficientemente difícil para que salga confusa si no se controla hasta en sus más mínimos detalles. Pero Izquierdo demostró conocer la partitura en profundidad. Las diversas frases fueron delineadas con gran musicalidad y relieve. Imperó la severidad estilística que requiere el compositor. Los instrumentistas participaron con gran seguridad técnica, destacando en forma muy especial, la participación del fa. tista Guillermo Villablanca.

De inmediato el programa nos transportó a la época contemporánea. Las Seis Piezas para Orquesta, de Anton von Webern son extremadamente diáfanos en su escri-

tura y, por ello mismo, requieren de una precisión extrema y de una concentración intelectual muy perfecta. Estos requerimientos se convirtieron en realidad. El planteamiento directivo estuvo al servicio de la música con perfecta afinidad. Así Juan Pablo Izquierdo supo lograr un control de la dinámica muy raro de obtener. Más aún, no creíamos en la posibilidad de ello, por cuanto nuestro primer conjunto orquestal no está acostumbrado a esta perfección en la valoración del volumen sonoro.

El Concierto No 18 para piano y orquesta de Mozart contó con la participación de Rudolf Lehman como solista. Este pianista nos brindó una versión muy adecuada, que fue secundada con gran brillo por la orquesta.

Finalmente nos tocó oír el Bolero de Ravel, obra muy compleja y difícil de abordar, ya que requiere un absoluto dominio del "crescendo" que le singulariza. Además exige de un gran virtuosismo instrumental, que no siempre resulta posible para el común de las orquestas. Sin embargo, Izquierdo supo sacarle un partido enorme a esta partitura. La tensión en aumento, fue graduada, paso a paso, y con gran habilidad hasta llegar a un verdadero paroxismo sonoro. Bien, muy bien, estuvo la Orquesta Sinfónica.

Nuevamente, debemos hacer resaltar la importancia de este concierto: la incorporación de Juan Pablo Izquierdo a nuestra vida musical constituye un hecho que no se puede dejar de reconocer. El país puede vanagloriarse de contar con un nuevo y excelente director de orquesta.

Carlos Riesco

ILUSTRADO 16-VI-63

PALEOMONIO

**ORQUESTA SINFONICA DE CHILE**

Debe ser motivo de alegría para el ambiente chileno, la oportunidad que el Instituto de Extensión Musical ha brindado al joven director Juan Pablo Izquierdo, de actuar frente a la Orquesta Sinfónica de Chile. Esta primera experiencia, como participan-

TEATRO - ATELIER

1963

1963

### SEPTIMO CONCIERTO SINFONICO

En primera audición nos enfrentamos con el Concierto para violoncello y orquesta, op. 107, de Dmitry Shostakovich, interpretado por Jorge Román y la Sinfónica de Chile, dirigida por Juan Pablo Izquierdo. La estética del compositor no satisfará todos los gustos. Imposible negar, sin embargo, que es una obra harto lograda dentro del molde que se impone, si exceptuamos ciertos pasajes innecesariamente ramplones del tiempo final. La redacción para el cello demuestra cabal conocimiento de sus posibilidades, y la orquesta en general es tratada con evidente oficio.

Aunque fácil de escuchar, su fogosidad eslava, de intrincado ritmo, exige de los ejecutantes un virtuosismo considerable. Este abundaba en el escenario, empezando por el solista, quien fue una verdadera revelación. A su instrumento, que como tal no posee inusitada jerarquía, supo arrancarle la gama más variada y elocuente, con una mecánica a toda prueba, empleo admirable del pulgar en difíciles cambios de posición, afinada limpidez y certidumbre de ataque, irradiando aquella superioridad que suele caracterizar a los intérpretes fogueados. El director y la orquesta lo secundaron con precisión y evidente espíritu de cuerpo.

Rodearon el estreno de esta creación soviética del año 1959 las Sinfonías en Sol mayor ("Oxford") de Haydn y en Do menor (Nº 5) de Beethoven. Las grandes dotes de Izquierdo se tradujeron en múltiples detalles de Haydn. Recordemos la calma de la introducción con sus cuidadosos trinos, el perfecto equilibrio de los dos primeros movimientos, los rústicos contrarritmos del Trío, la diafanidad reluciente del nunca precipitado Presto.

Deslices menores de algunos miembros de la orquesta no borraron la impresión general de disciplina en la Quinta de Beethoven, cuyo enfoque parecía tender menos hacia lo expresivo que al realce de los valores arquitectónicos del edificio sonoro. Sin buscar la vena patética, el director logró, en cambio, unidad y concisión.

Federico Heinlein

MEACURIO 23 Junio 1963

### Orquesta Sinfónica de Chile

La segunda actuación del director Juan Pablo Izquierdo frente a la Orquesta Sinfónica de Chile permitió verificar la variedad de los recursos a su alcance y el enorme talento interpretativo que posee.

Este joven artista chileno se convierte, de golpe, en la gran revelación de la presente temporada. Demuestra conocer las obras que presenta en profundidad. No hay gestos que resulten extraños a los verdaderos requerimientos musicales. El control del fraseo, de los valores dinámicos y rítmicos, son perfectos. Pero lo que más sorprende en Juan Pablo Izquierdo es su innata musicalidad, la cual pone al servicio de las obras y no al servicio de un lucimiento personal.

El segundo programa comprendió composiciones de muy diferente carácter al an-

# MUSICAL ILUSTRADO 23 JUNIO 1963

terior, y, por eso mismo, que permite apreciar en su justo valor todas las posibilidades que afloran de su ingente talento.

fue muy notable y justificó plenamente la salva de aplausos con que lo premió el público asistente.

La Sinfonía en Sol Mayor, llamada Oxford, de Haydn, estuvo rigurosamente enmarcada por una dirección muy sobria, que se avenía perfectamente a lo clásico de su estilo. Las frases fueron brotando de los instrumentos con musicalidad y justeza, en un preciso relieve sonoro que hace honor al director y al conjunto orquestal. En verdad que la Orquesta Sinfónica de Chile, como lo hemos dicho en comentarios pasados, ha dado un vuelco a su favor muy apreciable, que la coloca en un pie de solvencia profesional que desde hacia tiempo no le conocíamos.

El Concierto para Violoncello y Orquesta, Op. 107, de Shostakovich, nos deparó una grata sorpresa en la persona de Jorge Román, que actuó como solista.

La Sinfonía N.º 5, de Bethoven, puso término al programa que comentamos. Su interpretación fue brillante, poderosa y llena de dinamismo. Nuevamente quedó en claro el enorme temperamento artístico que luce Juan Pablo Izquierdo. La orquesta se entregó por entera, sin exageraciones que pudiesen afectar la calidad musical resultante.

Una dramática versión, que nos obliga a esperar de las autoridades que dirigen el Instituto de Extensión Musical se brinde una nueva oportunidad de actuar a este joven director, para que pueda seguir ganando en experiencia, en beneficio de nuestra cultura nacional.

CARLOS RIESCO.

Si bien la obra nos parece muy repetida en sus recursos musicales, no se puede negar que brinda una oportunidad de lucimiento muy grande al solista. También está muy equilibrado en su relación sonora; el diálogo entre la orquesta y el violoncello se logra con perfección y en ningún momento el instrumento solista es anagado por el mayor volumen sonoro del conjunto.

Jorge Román es un joven integrante de la Orquesta Sinfónica, que promete convertirse en un solista de fuste. Es muy seguro técnicamente y parece no conocer los nervios. Su actuación en el Concierto de Shostakovich

1963

CÉSAR CECCHI

● SEXTO CONCIERTO DE LA ORQUESTA SINFÓNICA.

— Juan Pablo Izquierdo había ya demostrado suficientemente, antes del viernes 14, su notable condición de director; pero es evidente que la real consagración de sus cualidades la tuvo dicho viernes en el Sexto Concierto de la Temporada de Abono de la Orquesta Sinfónica.

Señalemos, en primer lugar, su cabal conocimiento de las obras, ese sentimiento que tiene todo auditor de encontrarse frente a un intérprete que domina hasta el más mínimo detalle de las obras. Esto vale tanto para los aspectos técnico-formales como para los contenidos estilístico-históricos. Así ocurrió en la Suite N.º 1, en do mayor, de J. S. Bach, la que nos fue entregada con la máxima claridad en su exacta trama polifónica más una compenetración natural a la vez que altamente cultivada de sus valores rítmicos y de "tempo". No hay duda que la formación de Izquierdo es muy sólida en relación con este tipo de música.

Lo mismo sucedió con su versión de las Seis piezas para orquesta, Op. 6, de Webern. Nos atrevemos a decir que fue una versión magistral. Toda su estructura contrapuntística, su riqueza colorística, todo su acendrado expresionismo, con su lenguaje tan particularmente ceñido y concentrado, fue expuesto exhaustivamente. Hubo exactas gradaciones dinámicas, los exactos fraseos, las más perfectas diferenciaciones de ambiente espiritual y sonoro, y hubo una sólida articulación en un total notablemente coherente.

Una versión del Bolero, de Ravel, depende del director tanto como de los ejecutantes, y entre el uno y los otros se reparten, independientemente, la responsabilidad del resultado. El director establece el "tempo", los ritmos, la organización sonora, la progresión y crescendo básicos, pero son los ejecutantes —prácticamente en calidad de solistas— los que, casi desnudos, van estableciendo el repetido valor

Zig Zag Junio 28-1963

Zig Zag Junio 28-1963

musical del tema melódico. Pues bien, parece que la Orquesta Sinfónica entra siempre en el Bolero en un estado de inquietud, temor y hasta de pánico (lo que nos parece injustificado), que disminuye grandemente su rendimiento. Es lo que sucedió en este concierto. Izquierdo cumplió exactamente con su misión organizativa. Pero ¿basta con esto en el Bolero? Pensamos que no. Faltó ese elemento dionisiaco, ese sentido orgiástico que está en la base de la intención de Ravel y sin el cual la realización sonora y formal, por muy perfecta que sea, se desvía a un efecto más nervioso que vital.

El Concierto para piano y orquesta en si bemol mayor (K. V. 456), de Mozart, tuvo tanto en el solista Rudolf Lehmann como en el director Izquierdo dos intérpretes serios y con un pormenorizado conocimiento, de gran claridad mental, y que obtuvieron una precisa articulación en la concertación. Todo —"tempo", equilibrio sonoro, dinámica, etc.— estuvo en su punto. Una objeción, sin embargo: faltó esa transfiguración poética que crea el específico mundo de Mozart, con su halo de gracia alacre, más un profundo sentido trágico, una ingravidez juguetona más una sombría y misteriosa corriente de premoniciones pesimistas y casi religiosas.



"DIDO Y ENEAS", segundo cuadro del primer acto.

## Crítica de Opera

# UN ESPECTACULO DE OPERA HETEROGENEO

por CESAR CECCHI

**D**IDO Y ENEAS.— Toda ópera es integral. Es decir, sus diferentes elementos —música, texto dramático, plástica escénica— deben tener idéntico estilo, articularse en una unidad de principios morfológicos comunes. Esto fue así desde los comienzos del género. Fue una pretensión equivocada de Wagner la de suponer que con su "drama lírico" comenzaba tal integración. Antes de él, todos los grandes creadores de óperas realizaron igual síntesis, aunque ésta correspondiera a otros espíritus, a otras voluntades de forma, a las expresiones acordes con las concepciones artísticas, musicales y literarias de cada época. Mozart fue tan integral como Wagner, y también Rossini, y Verdi, y Weber, y Gluck. También Henry Purcell.

Justamente la falla fundamental de la presentación de DIDO Y ENEAS, de Purcell, realizada por el Departamento de Música de la Universidad Católica, que dirige Juan Pablo Izquierdo, y con los auspicios del Consejo Británico, ha sido la discordancia estilística y de niveles de realización técnico-artística de los tres elementos dichos. Esto no disminuye la importancia del hecho de hacer llegar a nuestro público esta obra maestra. Pero hubiéramos deseado esa equivalencia de la música y la plástica y su concatenación unitaria, ya que, en principio, estaba dada esa posibilidad.

La dirección de Izquierdo fue ejemplar, llena de nobleza y de contención, justa en ritmos, fraseos y planos sonoros, con una exacta comprensión de su dinamismo y su patetismo barrocos temperados por un sentido de belleza próximo al del clasicismo. Hubo una respuesta acertada por parte de la reducida orquesta. Pero también la preparación vocal, a cargo de Frederick Fuller, ha sido, sin duda, un pilar básico en el alto nivel musical que ha tenido esta versión. Sólo un absoluto dominio del estilo barroco por parte de tan calificado maestro pudo determinar la total unidad

estilística que ofrecieron todos los intérpretes, su cabal penetración del sentido de cada línea del texto, su exacta expresión de sus valores dramáticos, su dinamismo contenido y su sentimiento transfigurado. Victoria Canale fue una Dido inmejorable. Carmen Barros, Inés Pinto (con su bello color de voz), Maruja Morales, Graciela Sanders, Teresa Orrego, Hanne Filp, entregaron sus partes vocales en un excelente nivel técnico e interpretativo. Lo mismo hay que decir de Enrique del Solar y de Ignacio Basterrica. El coro, si se exceptúan la desafinación y el leve desconcierto del trozo final, logró una alta calidad.

Las objeciones surgen frente a la "mise en scène". Pensamos que Eugenio Dittborn partió de un principio directivo totalmente ajeno al texto y a la música y sin conexión con los elementos expresivos de esta última y sin comprensión de sus valores formales. Mientras Izquierdo logró ampliamente la transfiguración artística que está en la base de un estilo como el barroco, Dittborn se inclinó, equivocadamente, a un naturalismo falso más un "pompiérismo" pretendidamente clásico. Su planta de movimientos, además, fue pobre y antojadiza cuando no convencional y se vio peligrosamente entrabada por la pequeñez del escenario del Teatro Camilo Henríquez. Tampoco el vestuario de Fernando Colina respondió a principios plásticos en relación con los valores musicales y dramáticos barrocos (algunos trajes —por ejemplo, los de los hombres del coro— resultaban simplemente absurdos y equivocados). El decorado de Bernardo Trumper y las coreografías de Hernán Baldrich no tuvieron una verdadera conexión con las ideas directrices de Dittborn. En la plástica escénica hubo ese sentimiento y esa sensación de heterogeneidad respecto a la música y el texto dramático, que, justamente, siempre hemos criticado a nuestros espectáculos oficiales de ópera, y que, por lo mis-

SIGUE



menor trazo de algo característico de lo que podría ser lo chileno como complejo diferenciado, pero tampoco algo que surja del alma europea. Sin embargo, debemos reconocer que en las canciones de Isidora Zegers de Huneeus hay una pericia en la escritura y un trasunto de algo íntimo y espiritual que son testimonio de esa alta calidad artística que la tradición le asigna y que hizo de ella una personalidad básica en nuestra historia cultural. En cambio, en González, en Zapiola, en Guzmán, hay el sentimiento de estar frente a lo puramente mecánico, a la repetición muerta de formas que en Europa surgían de otras necesidades expresivas y se realizaron en otros niveles. Frente a ellas no cabe sino una actitud irónica. Pero, también, una cierta emoción, una cierta sentimentalidad que no por ajena a lo estético es menos válida.

**Inauguración de la "Sala Europa".**— En el Auditorium de la Biblioteca Nacional se celebró la inauguración de la nueva "Sala Europa" con un concierto por miembros de la "Piccola Orchestra de Camera" del Instituto Chileno-Italiano de Cultura. El apenas discreto nivel técnico de los ejecutantes determinó un nivel sólo "amateur" de sus versiones. En verdad, las desafinaciones, la mala calidad del sonido, algunos importantes errores de concepto, etc., perjudicaron notablemente las interpretaciones de obras de Krieger, Rameau, Purcell y Marcello.

**"DIDO Y ENEAS", primer acto.**



Zig-Zag 23 Agosto 1963

# UN ACONTECIMIENTO MUSICAL: EL ESTRENO DE LA OPERA "DIDO Y ENEAS"

**U**NA de las más hermosas óperas que se han producido en la historia del drama musical a través de los tiempos, "Dido y Eneas", del compositor inglés del siglo XII Henry Purcell, llamado muy a menudo "el Bach de Inglaterra", se estrenará hoy en el Teatro Camilo Henríquez.

Protagonista de esta obra en el papel de Dido será la señora Victoria Canale, soprano de hermosísima voz, que en los últimos tiempos se ha revelado entre nosotros como una cantante de extraordinarias posibilidades, no sólo en el país, sino que internacionalmente, por el magnífico instrumento que lleva en su garganta. En "Dido y Eneas" tendrá la Sra. Canale la posibilidad de lucir toda la gama de su amplio registro y toda la finura y "afiatamiento" de su saber musical.

La preparación de esta obra, debida a los esfuerzos del Departamento de Música de la Universidad Católica, constituye una primicia que será acogida por los aficionados chilenos como un regalo espléndido que en raras ocasiones puede obtenerse.

Frederick Fuller ha preparado con tesón y con su maestría tan apreciada en el mundo musical a todos los cantantes que actuarán en la obra de Purcell, lo que asegura una versión dignísima del más alto valor artístico.

Juan Pablo Izquierdo, como Director de Orquesta, ha realizado también un trabajo de meses para hacer penetrar a su masa orquestal en el espíritu purísimo y de entrañables sugerencias que alienta a la música del gran compositor inglés.

Por otra parte, Hugo Villarroel ha dedicado un largo esfuerzo a la preparación de los coros, que desempeñan una parte importante del espectáculo, como asimismo Hernán Baldrich, que ha trabajado las danzas con un grupo de alumnas de la Escuela de Danzas. Escenografía e iluminación han sido realizadas por Bernardo Trumper.

Además de Victoria Canale, tendrán la responsabilidad de los distintos personajes de la ópera un grupo muy seleccionado de cantantes chilenos, entre los que figuran: Carmen Barros, Inés Pinto, Hanne Filp, Graciela Sanders, Teresa Orrego, Maruja Morales, Enrique del Solar e Ignacio Basterrica.

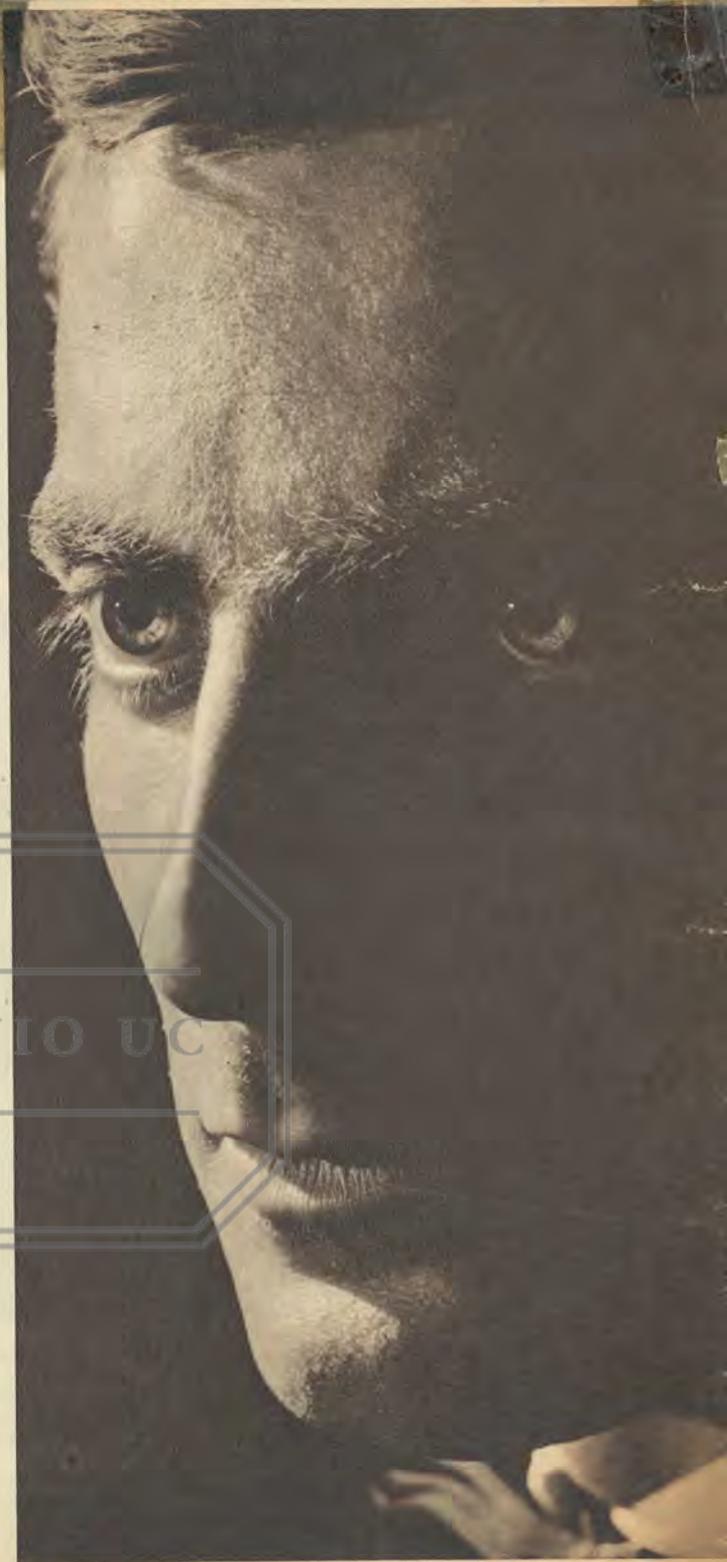
En un breve resumen, para que nuestros lectores obtengan un mejor entendimiento de la obra, damos a continuación el argumento de ella:

Eneas, huyendo de Troya, se embarca para Italia donde debe fundar una nueva ciudad. Una tormenta lo hace naufragar frente a las costas de Cartago, tierras gobernadas por Dido, reina de extraordinaria belleza. Al encontrarse, ambos se enamoran perdidamente. En este momento comienza la ópera.

**Acto I. Escena 1.ª.** Dido, convencida del inevitable conflicto entre su amor terreno y el deber divino, trata de rechazar a Eneas. Su dama de compañía, Belinda, y los cortesanos la impulsan a aceptar la unión con el príncipe. Aparece Eneas, quien le rinde su amor y le promete desafiar al Destino.

**Escena 2.ª:** Una hechicera y sus genios maléficos, instrumentos del Destino, tramán una venganza. Uno de ellos semejando a Mercurio aparecerá ante Eneas y le ordenará partir inmediatamente.

**Acto II.** Dido y Eneas, ya unidos, participan en una alegre partida de caza. Se desencadena una tormenta y todos



Juan Pablo Izquierdo, el joven y notable director de orquesta que tendrá a su cargo la conducción y concertación de la parte musical de "Dido y Eneas", de Purcell.

huyen en gran confusión. El falso Mercurio detiene a Eneas y le ordena partir en nombre de los dioses; cuando éste promete obedecer, el genio se esfuma.

**Acto III.** En el muelle los marineros preparan el barco para partir. Las brujas celebran el éxito de su plan prediciendo la muerte de Dido y la destrucción de Cartago.

Dido, que ha tenido noticias de que Eneas la abandona, va al muelle a encontrarlo. Eneas, a pesar de la orden divina, le promete quedarse. Dido no acepta sus razones y lo insta a partir. Cuando él se ha marchado, ella se atraviesa el pecho con una daga y muere en brazos de Belinda.

DIDO Y ENEAS DE PURCELL

Un evento de importancia poco común significó el estreno de la ópera "Dido y Eneas" de Henry Purcell.

En efecto, por primera vez en Chile, se presentó una obra de este género perteneciente al siglo XVII. Un acontecimiento de tan gran conveniencia educadora para nuestro medio, no debe pasar desapercibido, mucho menos, cuando su preparación ha estado a cargo de la Universidad Católica, por intermedio de su Departamento de Música y de algunos elementos del Teatro de Ensayo.

Queda de manifiesto que es la Universidad Católica la única entidad en el país, por el momento, que ha tomado en serio la responsabilidad de dar a conocer un género que ha sido tan llevado a menos entre nosotros. Nuevamente y por segundo año consecutivo, tenemos la oportunidad de regocijarnos, ante un espectáculo de tan alta jerarquía profesional.

Cabe felicitar a Juan Pablo Izquierdo, a cuyo cargo está el Departamento de Música aludido, y de quien depende la preparación del trabajo de Seminario, "cuya finalidad es reunir músicos y expertos en teatro en una enseñanza común", según rezan las notas del programa.

La colaboración prestada por Eugenio Dittborn, Frederick Fuller, Hernán Baldrich, Hugo Villarroel, Bernardo Trummer y Fernando Colina, atestiguan la seriedad de acción que motiva nuestro entusiasmo.

Llamó enormemente la atención la muy buena dicción de que hicieron gala los cantantes, en circunstancias de que el autor exige un virtuosismo vocal bastante arduo.

La actuación de Victoria

Canale, en el papel de Dido, fue muy notable, aunque tuvimos la impresión de que la sala Camilo Henríquez lo to, debió contener su voz para no sobresalir en demasía.

Magníficas también, las actuaciones de Carmen Barros como Belinda, una parte extremadamente difícil, y de Inés Pinto como la Hechicera, que, además, pudo lucir sus condiciones de actriz, muy bien secundada por la 1.a y 2.a Brujas, papeles que estuvieron a cargo de Hanne Filp y Graciela Sanders, respectivamente.

Enrique del Solar tuvo a su cargo el rol de Eneas y lo interpretó con mucho aplomo y seguridad vocal, pero nos pareció un tanto

inseguro en su actuar. Sin embargo, nos han dicho que mejoró mucho en funciones posteriores.

Finalmente debemos mencionar a Teresa Orrego, Mercurio; Ignacio Bastarrica, Marinero y Maruja Morales, Segunda Mujer, que completaron el reparto de solistas con mucho acierto.

Nos parece justo mencionar de que el escenario de la sala Camilo Henríquez nos pareció muy pequeño para la presentación de esta obra, con lo que se perjudicó la actuación teatral del cuerpo de bailarinas y del grupo que constituyó el coro.

Nuevamente aplaudimos la iniciativa del Departamento de Música de la Universidad Católica y esperamos que sigan mañosamente con su trabajo.

Carlos Riesco

EL MERCURIO

25 AGOSTO 1963

DIDO Y ENEAS

La Universidad Católica que, a través de su Departamento de Música, se ha conquistado un justo renombre como promotora de conciertos y espectáculos musicales de alta calidad y de franco espíritu renovador del ambiente artístico chileno, acaba de entregarnos otro de sus aportes valiosos: la ejecución escenificada de la célebre obra maestra de Henry Purcell (1657-1695), "Dido y Eneas", basada en uno de los episodios de la Eneida, de Virgilio. No está en conocimiento del que esto escribe que en el país se haya presentado hasta hoy en esta forma completa una ópera anterior al siglo XVIII, es decir el género dramático correspondiente al tan difundido Período Barroco, que en la música conocemos sólo a través de obras instrumentales y de uno que otro fragmento de las creaciones teatrales posteriores a Monteverdi. Esto da a la presentación que comentamos una importancia indiscutible. Se ha hecho un esfuerzo notable y cualquier reparo que se haga a la realización misma, a problemas de estilo, a limitaciones impuestas por lo reducido del local en que "Dido y Eneas" fue escuchado, no aminora en absoluto el hecho, importantísimo de este contacto nuestro con un género opéístico tan lejano de lo que los siglos posteriores nos han hecho admitir como modelos supremos del arte lírico.

Purcell es hoy día bien conocido a través de muchas obras suyas que se oyen en la radio, (en las pocas estaciones que hacen música civilizada) y en los conciertos. Pertenece a ese escogido grupo de grandes compositores que Maeterlinck incluiría entre los "prévenus", los que vivieron muy pocos años y dejaron, sin embargo, un aporte a la humanidad superior a lo que uno puede imaginar. Mozart, Schubert, Mendelssohn, para no recordar sino los más ilustres del dominio corriente de los conciertos, siguen en la capacidad acelerada de creación a Henry Purcell que en 37 años de vida deja la obra de un maestro que hubiera abandonado este mundo en la ancianidad. De él, como de los demás compositores citados, podría decirse aquello del Libro de la Sabiduría: "Explevit in breve tempora multa", llenó en breve el contenido de muchos tiempos. Y es así, porque Purcell dejó un aporte fundamental no sólo en la producción inglesa sino que en la de toda la música que es nuestra. La revelación del pasado musical de Inglaterra, del período isabelino y aun anterior, pareció en un momento obs. curecer a Purcell, el primero que mostró su genio justamente cuando iba a llegar el caso avasallador de Haendel. Pero hoy día, restablecida la perspectiva completa a través de grandes ediciones, Purcell ha quedado incólume en su gran importancia y como contraparte británica del siglo de Lully y de quienes lo siguen.

Presentar una ópera del siglo XVII es arduo problema, y el caso de Purcell en ello no hace excepción. Su obra pertenece, más que a la tradición italiana directa, a la que emana de un italiano vuelto francés, de Lully. Es a Francia hacia donde volvió los ojos Inglaterra después de la Restauración. Hay en Purcell una dignidad y un sentido humano que lo aleja de la "rigidez imperial" como calificó Romain Rolland la solemnidad de Carissimi o de Cesti. En "Dido y Eneas" hay acentos monteverdianos hermosísimos, y el lamento final de Dido, muy conocido, cobra al ser puesto en escena un patetismo rara vez alcanzado en la música y que fue vertido en forma magistral por Victoria Canale.

Largo y fuera de las proporciones de estos rápidos comentarios sería analizar la obra y sus diversos momentos y la forma cómo éstos fueron traducidos en la escena de hoy día. La versión total es de gran calidad: la escena, la coreografía, las luces y el vestuario, muy bien concebidos; eso sí que sufriendo la desesperante estrechez del pequeño teatro Camilo Henríquez, que, sobre no ser apto para óperas en que haya más de tres personajes, añade una acústica de las peores características para las voces. Menos convincente pareció la dirección escénica de Eugenio Dittborn se inclinó demasiado hacia un realismo que, en la última escena, nos acercó a la ópera verista, pese a las felices intervenciones del conjunto de ballet dirigido por Hernán Baldrich. El coro estuvo bien preparado y logró algo muy interesante que fue ser participe en la acción.

Finalmente, comentando a los artistas, tal como sucedió con el reciente Réquiem, de Verdi, Victoria Canale posee una calidad vocal tan superior que constituye casi un inconveniente, desde que, junto a buenas voces como son Carmen Barros, Inés Pinto, Maruja Morales, Teresa Orrego, Graciela Sanders, Hanne Filp, descuella en forma natural e inevitable, aún cuando ella se propone lo contrario. La dirección vocal de Frederick Fuller fue el elemento de cohesión de éste muy buen conjunto de artistas. En el elenco de hombres el tenor Enrique del Solar es un cantante excelente y una de las voces que con mayor categoría pueden oírse en Chile. Ahí hay un artista de su cuerda que irá muy arriba. Ignacio Bastarrica actuó y representó su difícil papel con la justeza con que lo hicieron la hierática y tierna Belinda (Carmen Barros) e Inés Pinto que encabezó el siniestro grupo de las brujas. En suma, una buena presentación que, por su calidad y su significado, señala un aporte que será histórico en nuestra vida musical.

D. Santa Cruz

DIARIO ILUSTRADO

25 AGOSTO - 1963

Ilustrado

"DIDO Y ENEAS"

25 agosto 1963

El Departamento de Música de la Universidad Católica lleva realizadas varias jornadas importantes en su corta, pero intensa vida. Dirigido por el musicólogo y conductor Juan Pablo Izquierdo, se caracteriza por sus importantes trabajos de seminario, tanto en música contemporánea como en ópera de cámara. Al éxito alcanzado en 1962 con "El Retablo de Maese Pedro", se suma, en estos días, la excelente presentación de "Dido y Eneas", resultado de una minuciosa labor de análisis y estudio, con el auspicio del Instituto Chileno Británico de Cultura, en el Teatro Camilo Henríquez. Juan Pablo Izquierdo actúa como director musical; Eugenio Dittborn tuvo en sus manos el aspecto teatral; Hernán Baldrich el coreográfico y Fred Fuller, cantante inglés radicado en Chile, se preocupó de la parte vocal. Victoria Canale la gran soprano chilena, encarna a Dido; Enrique del Solar a Eneas, con Carmen Barros como Belinda. El trío de brujas y hechiceras es interpretado por Inés Pinto con Gabriela Sanders y Hanne Filp, e Ignacio Bastarrica como un Marinero.

Esta ópera de Henry Purcell estrenada en 1669, representa un aporte valioso que da una perspectiva histórica de la ópera barroca y un paso más en la labor seria y permanente desarrollada por el Departamento de Música.

# Victoria Canale's 'Glorious Voice' Highlights UC's 'Dido'

*theater: margaret darke*



VICTORIA CANALE (right) AS DIDO  
" . . . a fine actress with a glorious voice."

It is two hundred and seventy six years since Henry Purcell's Dido and Aeneas was first performed at Mr. Josiah Priest's Academy For Young Ladies, but it still has the enchanting quality of a spring bubbling up into the sunshine and bringing with it rich stores from the hidden sources of joy, of grief, indeed of life itself.

It would be impossible to be bored with Dido even if it were not very well done (and such may have been the case when tackled by Josiah's Young Ladies) but last week-end's four performances were so beautiful that they will assuredly be included among those experiences whose memory one carefully preserves as cheer for the rainy days of the mind.

Since Dido and Aeneas is a complex work, part opera, part ballet and part mime, it might be hard to know what to write about first, but in this case it is unquestionably Victoria Canale's Dido. She has a glorious voice: so pure, so clear, that it is inconceivable that it could ever tremble or go even the slightest hair's breadth out of tune.

But Miss Canale does more than sing so faultlessly; she is a fine and sincere actress and, from the rise of the curtain, wins our love and respect for Dido as a warmly human woman and a great queen. She sings the last aria "When I am laid in earth (perhaps one of the saddest songs ever written) with such a gallant lack of self-pity that we, in the audience, shed the tears that Dido is too proud to shed for herself.

Carmen Barros' voice has not the angelic quality of Miss Canale's but, even if it had, there would be little scope for it in the part of Belinda. In this work Purcell's formula is variation of tempo and, in the Dido scenes, it is usually Belinda who has the job of speeding things up. This demands not only fine and flexi-

ble singing, which Miss Barros notably displays, but also brilliant diction. It must be difficult enough, for instance, to sing "Pursue thy conquest" prestissimo, and make every syllable clear, even in one's mother tongue, and to do so in a foreign language is a real tour de force. I was also deeply impressed by the contrast between Belinda's vigour when singing and the restrained but always unmistakable expression of her deep and understanding love for Dido during the periods when she is silent.

Enrique del Solar has a delightful voice, warm and tender, but is still very young and a little lacking in virility. Things were not made easier for him by the fact that something seemed to have gone wrong with his clothes; for some reason he looked less like a hero of antiquity than some sort of Red Indian who had strayed away from his totem pole.

Ignacio Basterrica's Sailor was the jolliest and most endearing old reprobate imaginable, and I think everyone was sorry when, after a final swig of booze, he roistered off to join his ship.

The witches bring us to the border line between opera and ballet. As the Sorceress Inez Pinto sings well, (but without Miss Barros' enviable clarity of diction) and both she and Hanni Philip and Graciela Sanders, as the two witches, make the two laughing choruses thoroughly blood-curdling. But the witches' scenes are by no means only vocal, and this brings us to the four talented young dancers whose grace and versatility contribute so unfailingly to the atmosphere of enchantment. These are Daniela Müller, Karen Wilkens, Marisol Ferrari and Cristina Gigurey.

The versatility is the result of Hernán Baldrich's beautifully contrasted choreography. In the Dido scenes the dancing was fluid and (for want of a better word) horizontal; in the witch scenes it

was abrupt and sharply vertical.

There have been so many fingers in this beautiful pie that it is not easy to be sure which contributed any particular piece of excellence. The chorus, for instance, not only sang with a delightful and rather exceptional crispness, they conveyed (unobtrusively but quite unmistakably) a real interest and concern in what was going on. Since not only the director Eugenio Dittborn and the musical director Juan Pablo Izquierdo must have been at work on them, but also Frederick Fuller, Hernán Baldrich and Hugo Villarroel, there seems little one can do except to thank them collectively for their art and hard work and congratulate them warmly on the results.

I must confess to finding the hunting scene rather disappointing. Bernardo Trumper's setting consisted of a raised and necessarily rather narrow platform, running across the back of the stage. This is enormously effective when only two or three people are on it but, for some reason, the entire chorus was crowded onto it for the hunting scene, giving the unfortunate impression of an overloaded kitchen shelf.

Fernando Colina's costumes were a joy to the eye; such pure fresh colours in the Dido scenes and so grubbily grotesque for the witches.

Not being a music critic I can only say how enormously I enjoyed the vigour and crispness with which the orchestra played under Mr. Izquierdo's direction; also the charming concert of seventeenth century music which formed the first part of the programme, given by the Cuarteto Santiago with Federico Heinlein at the clavecin.

I find that I have rather mixed my tenses in this article but I would not wish to correct it; partly because to write about it brings Dido and Aeneas instantly and vividly into my mind, and partly because only by an effort of will can I make myself believe that, unless a miracle occurs, the Universidad Católica's enchanting production ended its short life last Monday night.



A SCENE FROM DIDO AND AENEAS  
. . . many fingers make a beautiful pie.

LA NACIÓN

30 Agosto 1963

2 - LA NACIÓN - 30 - Agosto - 1963

## arte y cultura

### PATRIMONIO UC DIDO Y ENEAS

por PABLO GARRIDO

Un interesante experimento ha sido el montaje de "Dido y Eneas", de Henry Purcell, debido a la iniciativa del Instituto Chileno Británico de Cultura y realizado por el departamento de música de la Pontificia Universidad Católica de Chile. La Sala Camilo Henríquez, elegida para su presentación, no permitió darle a la obra la perspectiva adecuada, denotando, además, defeciones perfectamente superables bajo otras condiciones de planta física. La intervención de elementos muy selectos de distintos sectores universitarios, quizás por la rica variedad de concepciones individualizadas, quebraron una unidad estilística que, se nos ocurre, pudo haber sido inspirada en las fuentes y cánones ingleses mismos, ya que existe, afortunadamente, una "tradición", como también la existe para Shakespeare en paralelo campo escénico. Decimos esto porque nos pareció todo "over acted", es decir, animado de un ritmo que si bien forma contraste, la resultante no es justamente una subrayación animica, sino, por el contrario, una divergencia que desconcierta y nihiliza, creemos, la tremante y trágica sobriedad de la temática.

La parte escuetamente musical tuvo, también, disparidades aunque, de seguro, en las

funciones posteriores al estreno habrán sido corregidas. Figuras hubo de gran riqueza vocal, con virtuosismo constreñido y cabal incluso, como también observamos inmadurez en las partes corales, tan decisivas en esta recreación de lo helénico teatro-musico. La parte instrumental, decididamente profesional, fue de gran corrección, debiéndose destacar la sustentación de la estructura sonora a cargo del violoncellista Hans Loewe y del clavecinista Federico Heinlein. Juan Pablo Izquierdo ha guiado la obra con un celo artístico muy legítimo de quien procede de la recia escuela de Hermann Scherchen, y su labor es digna de reconocimiento.

Este experimento nos está demostrando que Chile puede llegar a reconquistar su preeminencia como nación operática, pues el público de tres promociones anteriores así lo estableció siguiendo un patrón cultural europeo que no ha decaído en aquellas lánidas pero que acá, por mojigateras presupestarias y otras razones, ha llegado a hacer del género que pespunta en "Dido y Eneas" una parodia ni siquiera risible. Que las altas autoridades de todo orden reparen esta falacia, y que a través de "work-shops" de esta índole reconquistemos el lugar que otrora nos hiciera respetables.

1963

*Séptimo concierto.*

El Instituto de Extensión Musical continuó la xxii Temporada Oficial de la Orquesta Sinfónica de Chile, con el séptimo concierto a cargo del joven director chileno, Juan Pablo Izquierdo, el 21 de junio, en el Teatro Astor.

Las obras ejecutadas en este programa fueron: *Haydn: Sinfonía en Sol mayor, Nº 92, "Oxford"*; *Shostakovich: Concierto para violoncello y Orquesta, Op. 107*, solista Jorge Román (primera audición) y *Beethoven: Sinfonía Nº 5, en Do menor, opus 67*.

Juan Pablo Izquierdo demostró, en este concierto, ser el músico que ante todo sirve la obra sin preocuparse de un lucimiento personal. En cada una de las interpretaciones de este programa, de tan diversa índole, el director nos permitió aquilatar su personalísimo talento. La Sinfonía "Oxford", de Haydn, enmarcada dentro del más riguroso clasicismo, gozó de una dirección sobria que se avenía con justeza a los requerimientos musicales y dinámicos.

Jorge Román, el talentoso cellista nacional, interpretó la hermosa parte solista del concierto de Shostakovich con un sonido amplio y vigoroso, una técnica segura, un arco preciso y musicalidad y dinámica que revelan a un brillante virtuoso. Aunque la parte orquestal de la obra revela un buen oficio, ésta no tiene el atractivo de la escritura solística. La Orquesta Sinfónica de Chile secundó al solista con precisión y Juan Pablo Izquierdo volvió a revelar sus conocimientos estilísticos a través de un trabajo sobrio y certero.

Finalizó este concierto con una versión llena de dinamismo de la Quinta Sinfonía de Beethoven, en la que el director subrayó los planos sonoros, pero sin buscar la vena emocional y patética.

\* 10

PATRIMONIO UC

Revista Musical Chilena

Sept 1963

## MUSICA DE CAMARA

*Estreno de "Dido y Eneas",  
de Henry Purcell.*

El Departamento de Música de la Universidad Católica, que se ha destacado durante los últimos años por su valiosa labor de difusión de obras significativas tanto del repertorio clásico como del contemporáneo, este año inauguró su temporada con el montaje escénico de la célebre obra de Henry Purcell, "Dido y Eneas", basada en uno de los episodios de la Eneida, de Virgilio. Es la primera vez que se monta en Chile esta ópera del siglo XVII y este solo hecho le confiere una importancia decisiva, aunque no ha sido éste su único mérito, por cierto.

Montar "Dido y Eneas" ha significado un gran esfuerzo, producto del entusiasmo y de la cultura de un gran grupo de músicos, encabezados por Juan Pablo Izquierdo, a cuyo cargo estuvo la dirección musical de la obra y cuya cohesión orquestal, coral y solística resultó verdaderamente eficaz. La preparación vocal fue realizada por el barítono inglés Frederick Fuller, quien obtuvo de los cantantes la justa medida y el estilo de Purcell, músico que ha dejado un aporte fundamental no sólo a la música inglesa sino que se destaca como el compositor cuya obra es la contraparte británica del siglo de Lully. A pesar de las fallas vocales del coro, en el fondo sin mayor importancia, la realización musical fue realmente espléndida.

Al referirnos a los artistas hay que destacar por sobre todo el elenco a Victoria Canale quien, en el papel de Dido, hizo gala de sus extraordinarias dotes vocales, de refinada musicalidad y estilo como de compenetración con el estado anímico del personaje. Carmen Barros se desempeñó con acierto y aplomo como Belinda, e Inés Pinto, como la Hechicera, destacó por la belleza cálida de la voz y una actuación llena de dignidad y prestancia. Teresa Orrego, como Mercurio, realizó su corta

intervención con gran acierto. El tenor Enrique del Solar, encarnando a Eneas, es un cantante excelente y una de las bellas voces que pueden escucharse en el país, e Ignacio Bastarrica representó su difícil papel del Marinero con desenvoltura y comprobó que llegará a ser un artista cuya voz lo llevará hacia seguros triunfos.

La dirección de Eugenio Dittborn nos pareció lo menos feliz de este estreno por su enfoque realista tan poco acorde con el estilo de la obra y tampoco nos pareció necesario la inclusión de bailarinas las que, dentro de un escenario tan pequeño como el del teatro en que se presentó "Dido y Eneas", sólo sirvió para confundir y quitarle importancia a la actuación de las figuras principales.

Muy buena la escenografía e iluminación de Bernardo Trumper y el vestuario de Fernando Colina hermosísimo de colores, aunque en el caso del de las Hechicera y Brujas, quizás demasiado exagerado de color y diseño.

El Cuarteto Santiago, con Federico Heinlein al clave, ejecutó en la primera parte del programa obras de Purcell y Locke, con su acostumbrada musicalidad y perfección técnica. Estos instrumentistas se unieron al Conjunto Instrumental que ejecutó, bajo la dirección certera de Juan Pablo Izquierdo, la parte orquestal de "Dido y Eneas". No cabe duda que esta presentación marca un aporte de alto significado para la vida musical del país.

*Festival de Música de Piano de autores  
chilenos en la Biblioteca Nacional.*

Una de las iniciativas dignas de mayores alabanzas es la labor musical que realiza la Biblioteca Nacional a través de conciertos gratuitos durante toda la temporada; en los que se presentan conjuntos nacionales de alta jerarquía, artistas chilenos ya consagrados y jóvenes que inician